

CON DAÑOS Y PREJUICIOS



COLECCIÓN LITERATURA
Serie Cuento • Bruno Estañol

Francisco Payró

CON DAÑOS
Y
PREJUICIOS

CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA





GOBIERNO DE
MÉXICO

CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA

Edición realizada con el apoyo de
la Secretaría de Cultura a través del
Apoyo a Instituciones Estatales de
Cultura (AIEC) 2020

Primera edición: 2020

© 2020, Francisco Payró

D. R. © 2020, Secretaría de Cultura
Calle Andrés Sánchez Magallanes # 1124
Fraccionamiento Portal del Agua
Colonia Centro, Villahermosa
C. P. 86000
Tabasco, México

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra,
sea cual fuere el medio, sin el consentimiento por escrito
del titular de los derechos correspondientes.

ISBN: 978-607-8735-25-9

Impreso en México - *Printed in Mexico*

*A mi madre,
que me dio idea
de este título*

El engaño



Esperaba. Seguía haciéndolo como lo había hecho desde que vio que las manecillas de su reloj marcaron las seis de la tarde. En repetidas ocasiones lo miró nuevamente para constatar cómo avanzaban los minutos, mientras la tarde cedía sus tonos crepusculares a la noche. A su lado las personas caminaban en direcciones contrarias: algunas conversando, otras ensimismadas en su avanzar por la calle; algunas incluso riendo —en esos momentos cualquier ocurrencia le habría parecido digna de ser celebrada. Hubiese querido ser un transeúnte más, sentirse acompañado ahora que le daba la impresión de hallarse completamente solo mientras miraba el paso de los demás y sin que estos se percataran de su presencia muy cerca de aquella esquina donde se interceptaban dos de las avenidas principales de Villahermosa. A ratos sentía ganas de mandar al diablo el motivo que lo había llevado hasta ese sitio. Entonces volteaba hacia aquella dirección en la que había visto aproximarse tantas veces la figura que ahora se rehusaba a aparecer. Prefirió soportar, continuar esperando en esos momentos en que comenzaba a sentir angustia, enconada rabia contra sí mismo y contra todo, también contra aquella tarde en la que era posible percibir casi en detalle el ruido de los autos, del viento, de las conversaciones. Caminó

por la acera. A su paso encontró rostros y más rostros que se desvanecían como humo frente a sus ojos. Porque en realidad ya no veía rostros, solo percibía cuerpos, palabras al vacío. Nada familiar a esas horas y por esos lugares.



Habían sido numerosas las veces en que había tenido que disculparla. «No te preocupes, es solo un retraso», le decía, y apuraban la marcha para entonces hablar de cosas tan dispares como el estado del tiempo, el trabajo de ella en la oficina, el proyecto que allí acababa de comenzar y el probable viaje de él —por cuestiones de negocios— a una isla de las Antillas. Él no pensaba sino en los días en que la vería por fin, después de varios días de no ser testigo de su sonrisa limpia, también de su mirada franca. Quizá porque, desde que conociera a esa otra mujer, sabía que solo aparentaba; que era incapaz de sentirse como la sentía a ella: fiel hasta el extremo de ser ciega a lo que en realidad ocurría entre ambos. Por eso el escándalo de sus adornos. Sabía que lo suyo colgaba con fragilidad de un hilo que en cualquier momento podría romperse para ser exhibido como lo que él pensaba de sí mismo que era: un farsante.



Tal vez todo hubiera continuado tal y como marchaba. Ya eran casi cuatro años de una relación de la que no había mucho que contar, salvo que tal vez pronto serían recuerdo; algo así como un espacio vacío y oscuro entre ambos.

A pesar de todo, allí, a punto de terminar con aquella tonta espera, todavía no se explicaba la forma tan repentina de ella para tratar de romper y olvidarlo. Por eso la citó por teléfono. Quería verla, explicarle lo que hubiera que explicar, suplicarle si era preciso. Porque era cierto que la engañaba, pero nunca supo de algún motivo aparente para el rompimiento. Jamás tuvo necesidad de aclararle nada. Ahora le parecía ver lo sutil y estúpido de aquello. Como si ambos hubieran abordado un velero que tras navegar en el mar con velas desplegadas es dejado de pronto a la deriva. Comenzó a asombrarle el descarado desentendimiento, la manera tan abrupta de pretender enterrar en alguna parte lo vivido.



Ya era tarde. La noche había caído de lleno sobre las calles. Comenzó a caminar sin rumbo definido con el casi total convencimiento de que había sido víctima de un engaño.



El Jefe

Le decían el Jefe, quizá por su aspecto de jefecito mandón en aquellos inolvidables pleitos a pedradas contra la palomilla de la colonia Guadalupe Borja. O porque siempre se le veía vagar en su vecindario con aquella gorra militar que evocaba el «Hasta la victoria siempre», del «Che» Guevara. Y así le gustaba que le llamaran. Prefería ese mote a su verdadero nombre, Juan José, pues pocos, incluso en la cuadra donde nació, recordaban que pudiera llamarse de otro modo. «¡Ora, Jefe!» era el santo y seña de sus amigos de la calle donde vivía cuando lo veían llegar casi todas las tardes al parque de la colonia Atasta con aquellos pantalones guangos y remendados y su camisita a rayas de mangas cortas, la misma que casi siempre se ponía. «¡Ora, cabrones!», contestaba. Aquella era su respuesta automática, la que instantáneamente, y sin saberlo del todo, los otros esperaban. Porque no esperaban otra; el Jefe volvía a ser quien era entre ellos en cuanto abría la boca para responder con esa agresividad tan suya, pero al mismo tiempo tan bien aprendida a sus escasos once años. Entonces comenzaba. Disponía de casi toda la tarde para contar a sus expectantes oyentes, todavía casi niños igual que él, los pormenores del día anterior en un cruce tan congestionado de vehículos como el de Ruiz Cortines y Universidad. «Ayer se me acabó tres veces la gasolina», decía, por ejemplo, mientras se acomodaba con sus ami-

gos en una de las bancas del parque. «Por eso me estuve parado un rato en lo que conseguía. La suerte que el chavo que se acuesta en los vidrios me hizo el pare y me prestó para comprar un litro.» Ninguno de los otros interrumpía al Jefe mientras hablaba: él era el héroe, el que sabía de la vida; como si en el fondo los otros sospecharan que la vida solo podía conocerse estando allí parados, exhibiéndose y «tragando» fuego ante los miles de automovilistas que circulan día con día por las avenidas de Villahermosa. Lo escuchaban también porque, en cierta forma, ninguno como él había sido solo hijo de la suerte; ellos eran hijos de sus padres. Gabriel lo era de un aluminiero. Iba en quinto año de primaria y por las tardes no hacía más que hacer la tarea, ver la televisión y aventurar alguna que otra travesura, como esa de ir a la Guadalupe Borja para aventar piedras hacia el interior de la secundaria y salir corriendo una vez que los alumnos ofendidos de esta última les respondían el ataque y los perseguían. Rodrigo atendía de vez en cuando la tienda de abarrotes de su abuelo, y lo hacía no por necesidad, sino por obedecer a sus padres que, dueños de un par de taquerías en el mercado de Tamulté, estaban por comenzar a pagarle un colegio privado, una vez que terminara el sexto año en la primaria pública de su colonia. Manuel no estudiaba. Repetidor en dos ocasiones de quinto y expulsado de la escuela por mala conducta, ahora solo se dedicaba a hacer los mandados de su mamá y a jugar «maquinita» la mayor parte del día en un local de videojuegos. Solo el Jefe vivía sin sus padres. Huérfano de ambos y al cuidado de un tío suyo que se ganaba la vida como pepenador en los basureros de las afueras de Villahermosa,

había tenido que empezar a valerse por sí mismo desde aquella vez que el tío se lo llevó al centro de la ciudad y lo dejó en Plaza de Armas con aquel cajón de bolero que tres días después le robarían. Desde entonces habían sido diferentes sus luchas para ganarse el sustento. Aparte de bolero, había sido limpiaparabrisas, dulcero, cerillito en un centro comercial, viene-viene en varios estacionamientos y, por último, tragafuegos. Había preferido esta última chamba, como él la llamaba, porque un amigo suyo, tragafuegos también, pero con varios años ya de hacer lo mismo por diferentes rumbos de la ciudad, así lo aconsejara: «Es bien fácil, carnalito, nomás te cuidas de no tragar gasolina y luego pones cara de limosnero». Al principio le costó adaptarse, por aquello de esperar a que anocheciera un poco y las llamaradas tuvieran la luminosidad suficiente, pero un mes después de haber comenzado con esa gracia aprendida, el Jefe parecía contento con aquella rutina que se prolongaba diariamente desde las seis de la tarde hasta las diez de la noche. Ganaba más o menos ciento veinte pesos diarios, lo suficiente para comprar las golosinas que tanto le gustaban y para pagar los tacos que comía como almuerzo en el mercado de Tamulté. El tío había dejado de mantenerlo desde la tarde en que llegando de vender chatarras por varios deshuesaderos se le acercó dándole una palmada por la espalda para decirle: «Bueno, chamaco, hoy cumples ya diez años, vas a ganarte el pan de ahora en adelante». Por eso tampoco iba a la escuela. Odiaba además hasta lo indecible, y sin saber por qué, eso de ir a meterse a un salón de clases para dizque aprender muchas cosas y ser siempre el primero. No sabía leer, no sabía escri-

bir, mucho menos sacar cuentas. Eso sí, le encantaba como a nadie más en toda la colonia ir a las escuelas para jugar fútbol o para entrometerse en una que otra pelea callejera. No eran, por eso, poco frecuentes las veces que se ponía a mendigarles a las vecinas de la cuadra un pedazo de hielo que le ayudara a bajar la inflamación en un ojo hinchado a fuerza de golpes. Por lo demás, Manuel, Rodrigo y Gabriel lo seguían a todos lados, a pesar de las advertencias y amenazas de sus padres. Ahora se les podía ver juntos sentados en las bancas del parque a la una de la tarde —la hora del retiro en las escuelas— y después encontrarlos en los locales de videojuegos, o comiendo tortas en el mercado, hasta que el Jefe les avisaba que tenía que irse a la chamba, que se verían al día siguiente, listos para lo que se ofreciera. Y se ofrecía mucho: ora iban a la tienda de abarrotes del abuelo de Rodrigo para atender a la clientela y tomarse a cambio uno que otro refresco; ora se subían «en bolita» a los minibuses de la Tamulté-Punta Brava para dar de vueltas por la colonia y armar de paso el reloj o para mofarse de uno que otro pasajero. Pero nada como el delirio de los pleitos a pedradas en la Guadalupe Borja. Era tan sencillo. Antes de que sonara el timbre de la hora de salida en la primaria, Manuel y el Jefe se apostaban frente al portón principal para esperar a Gabriel y a Rodrigo. Cuando estos salían, tomaban los cuatro un minibus y se iban directo a la secundaria, donde ya entraban los alumnos del turno vespertino. ¡Y cómo disfrutaban del sonido de las piedras cayendo sobre el techo de lámina del salón de primer grado! Pero no bien lanzaba cada uno las tres o cuatro que le correspondían, salían corriendo para escon-

derse en algún negocio o en el corredor de alguna casa vecina. Lo demás era cuestión de espera: en menos de quince minutos, al término de la primera clase, una cuadrilla de enfurruñados y dignos estudiantes saltaba la barda de la escuela, dispuestos «a hacer pedazos» a los «chamacos de primaria» que otra vez habían llegado a hacer de las suyas. Esas batallas no duraban mucho tiempo; terminaban, o porque los alumnos de la secundaria debían regresar a la siguiente clase, o porque los de la primaria, abrumados ya por la andanada que habían provocado, emprendían la retirada, corriendo hasta donde pudieran ponerse a salvo. ¡Y qué curioso era verlos llegar al parque de Tamulté después de cada batalla! Se sentaba cada cual en un columpio, abrían la boca para tragar y sacar aire, y se limpiaban las caras con los brazos, mojados por el sudor que a esas horas se hacía más intenso con el bochorno de la tarde. Después hablaban gustosamente de su travesura: «¿Vieron la clase de puntería que tuve hoy con el gordo?», «Un poco más y no la libro cuando el Cabezón nos aventó la china que fue a dar contra la puerta de la casa de doña Juana». Cada cual hablaba de lo vivido en una rebatinga que con seguridad se repetiría la semana siguiente, en cuanto «los chamacos de la secundaria» buscaran tomar venganza. Una tarde de tantas, después de uno de aquellos encuentros a pedradas y mientras tragaba fuego en la avenida Universidad, el Jefe se acercó a un automóvil que esperaba el cambio de luz en el semáforo. Estaba por extender la mano a la ventanilla del conductor para pedir dinero por su espectáculo de llamas, cuando escuchó una voz acusadora desde dentro del vehículo: «¡Ese fue, papá, él fue el que me tiró

el otro día una piedra en la secundaria!» El Jefe no escuchó más porque se alejó de inmediato hacia el otro lado de la avenida. Aquello fue tal vez el principio de lo irremediable. A la semana siguiente, mientras pasaba junto a la fila de vehículos pidiendo la acostumbrada «ayuda» para su espectáculo, notó que dos personas de pie junto a la parada de minibuses lo miraban. Vestidos con lo que pudo ser un uniforme —pantalón azul y camisa amarilla—, un hombre y una mujer —él alto y delgado; ella más bien gorda y chaparra— parecían tomar nota de sus movimientos. No le quitaban la vista de encima ni cuando los carros circulaban y él detenía momentáneamente sus artificios con el fuego. Lo que pasó después ocurrió tan rápido que aún hoy, transcurrido un mes desde aquel día, el hecho no deja de sorprender a quienes conocieron de cerca al pequeño tragafuegos de Atasta. El Jefe tomó consigo su inseparable botella de gasolina y echó a correr de repente. Cruzó la avenida, se detuvo un momento para observar de lejos la reacción de los dos que lo habían estado siguiendo con la mirada y continuó su marcha. Ya no alcanzó a cruzar la otra avenida. Un automóvil que circulaba a velocidad immoderada alcanzó a golpearlo de costado y su cuerpo terminó cayendo a plomo sobre el concreto. Quienes presenciaron el impacto, entre ellos el hombre y la mujer que lo observaban —a resultas empleados del DIF estatal—, dijeron que el niño todavía decía algunas palabras estando allí tendido sobre el pavimento. Que casi no le entendieron. Si acaso, les pareció escucharle que nunca más lo haría. Que ya nunca más volvería a tirar piedras en la secundaria.

La despedida

Ángeles entornó la puerta del recibidor tratando de no hacer ruido y, antes de atravesar ese pequeño espacio, se descalzó con premura frente al espejo del baño. Al salir dejó las zapatillas en el primer peldaño de la escalera que conducía a las recámaras. No podía ver claramente — había decidido no encender la luz— la mesa y los adornos florales que sobre el *parquet* se hallaban alineados a las paredes, pero pudo distinguir en la oscuridad el destello casi fantasmal del televisor que emitía los sonidos, murmullos apenas, de un programa nocturno. Avanzó suavizando a cada paso el contacto delator de sus pies con el piso e identificó al caminar, reclinada en un cojín, la cabeza de su esposo tendido sobre la alfombra de la sala.

—¿Te dormiste, Alfredo? —preguntó.

—No, mi amor —contestó él mientras con las manos puestas detrás de la cabeza miraba fijamente al techo— no he podido pegar los ojos en toda la noche y me quedé aquí esperándote.

Ella se sentó entonces al borde del sofá y suspiró con fuerza, como si el cansancio estuviera por nublarle toda posibilidad de entendimiento, de voluntad para pronunciar palabra alguna. Así permaneció algunos minutos. Alfredo no le había dirigido la mirada, no dejaba de ver hacia el techo, como si algo en esa posición que no estaba dispuesto a abandonar lo mantuviera en bús-

queda, en una exploración intensa por comprender la razón de su desvelo. Ella se levantó y apagó el televisor, volvió al sofá y se acostó ovillada con el rostro en dirección a su esposo. Suspiró nuevamente y dijo:

—Las cosas en el Juan Graham no mejoran, Alfredo, hoy también tuve que quedarme a hacer la guardia.

Él solo parpadeó. Un instante sus ojos reflejaron en medio de la penumbra el resplandor de la claridad que se filtraba por los ventanales. A lo lejos, el brillo metálico de las plantas del jardín parecía proyectarse sobre lo oscuro del patio trasero y transmitir a la sala una cálida luz que iba a dar directamente a esa porción en la que se encontraban.

—Comprendo —dijo él.

Ángeles le preguntó entonces si ya había cenado, si llevaba mucho tiempo sobre la alfombra y si deseaba descansar ahora que ya no tendría que esperarla. Pero obtuvo por respuesta expresiones entrecortadas, monosílabos que no alcanzaban a explicarse. Se dijo a sí misma por eso que debía de ser el cansancio, que lo mejor sería que ella se fuera a la recámara. Él la seguiría enseguida, conociendo como conocía su falta de costumbre para dormir en otro sitio que no fuera la cama matrimonial, la cama de ambos.

—¿Te acuerdas, amor? —le escuchó decir justo cuando iba a decirle que lo esperaría en el cuarto— ¿te acuerdas de nuestros primeros días juntos?

Pero qué pretendía él ahora —se preguntó ella con una especie de estupor que comenzaba a recorrerle las piernas y estaba por alojársele en la espalda—, hacia

dónde pensaba dirigirse con el recuerdo de lo ocurrido veinte años atrás. Tras una década de matrimonio quizás no sería difícil acordarse de los primeros días con una claridad que permitiera disfrutar los detalles, los momentos de gozo o de discordia pasajera. ¿Pero por qué ese recuerdo tenía que salir a relucir en una noche como esta, cercana ya al amanecer?

—Yo estaba en verdad loco —prosiguió él— era como si en la vida no hubiera otra presencia que la tuya, otra realidad que la de tu rostro, amor, tu rostro que...

—Alfredo, yo... —interrumpió ella, pero sus palabras se encontraron de pronto como suspendidas en el vacío.

Él continuó:

—Tu rostro, Ángeles. Y no me importaba nada, jamás me importó lo que pudieran pensar de ti o de mí, tú sabes muy bien por lo que pasamos al principio, las ofensas de tu familia, tu indisposición y mi timidez, nada, ¿entiendes? Si no fuera por ellos tal vez nuestra relación sería otra cosa, cualquier cosa, menos lo que ha llegado a ser.

La cara de Ángeles, que para entonces yacía levemente levantada sobre la almohada del sofá, había adquirido entonces un gesto más cercano a la intriga que al asombro, como si no comprendiera a ciencia cierta la magnitud y el alcance de unas palabras que, entendidas al vuelo, podían significar tanto. O simplemente nada. Alfredo dejó su posición de espectador ensimismado del espacio que se interponía entre su cuerpo y el techo y se sentó en la alfombra, con las piernas cruzadas y los

brazos algo extendidos hacia atrás. Estando así, continuó hablando con aquel tono de voz lento y semibajo que solía preceder —Ángeles lo sabía muy bien— a sus arranques de ira o a sus eufóricas reacciones de adolescente.

—Y no me digas que no tuve que soportar, antes de que nos casáramos, el asedio de tus exnovios. ¿Te acuerdas de Jorge, el novio con el que terminaste poco después de que te conociera? Él soñaba con que lo nuestro se fuera algún día al diablo. Varias veces lo sorprendí cuando yo iba a visitarte, se ponía del otro lado de la calle mirando hacia tu casa, entonces hacía como que venía o como que iba. Después me enteré de sus pretensiones, quería ver con sus propios ojos que ya no salías conmigo, que me habías cortado como a él lo cortaste cuando te hartó y no tuvo más remedio que hacerse a un lado.

Alfredo guardó silencio y le dirigió a su esposa aquella sonrisa de adolescente que a ella le provocaba tanta gracia. No estaría enojado, pensó ella, de eso podía estar segura. Cuando ponía esos ojos cómplices y sonreía del modo en que había comenzado a hacerlo, Alfredo era el hombre más inofensivo y tierno de la tierra. Así que desdobló las rodillas, se arrellanó lo mejor que pudo sobre el sofá y aproximó su mano a la cabeza de su esposo.

—Me alegra que lo recuerdes, amor —dijo con voz aflautada mientras le acariciaba suavemente los cabellos—, ¿pero a qué viene todo esto?

Alfredo dejó de sonreír, como si al instante tuviera un presentimiento.

—¿Quieres saberlo? —preguntó.

Ella movió la cabeza asintiendo.

—He visto a ese Jorge varias veces merodeando por los alrededores de la casa, me lo he topado en la esquina de la cuadra, a mi regreso de la oficina, ¿no es curioso, Ángeles?

—Amor, son tantos años —dijo ella y en sus labios se esbozó una sonrisa—, a quién le importa ahora lo que haga o deje de hacer por estos lugares.

Él bajó la mirada y cruzó los brazos mientras emitía de su boca un resoplido. Ladeó después la cabeza y se incorporó de inmediato para ponerse de pie y enfilarse con rumbo a la recámara.

—¡Hora de dormir, querida...! —exclamó al tiempo en que comenzaba a desvestirse por la puerta del baño.

Ángeles se quedó en el sofá, lo miró alejarse hacia el cuarto con el rostro contento de adolescente y permaneció en la sala unos minutos. Caminó hacia el recibidor, hacia la puerta entornada. Asomó la cabeza, se despidió de un alguien impreciso e irreconocible entre la oscuridad de la acera de enfrente y cerró, entonces sí, con fuerza.

—¡Voy, amor! —gritó.

Luego se fue a la recámara. Ella también llevando en el rostro un dejo de singular y extraña alegría.



Por esas casas de visita

*Canonicemos a
las putas...*
Sabines

U no entra a esas casas como un niño perdido. Camina por entre paredes umbrosas, a fuerza del tiempo y de los cuerpos que convergen allí, buscando a tientas lo que habrá de encontrarse. Casas pequeñas o grandes, acondicionadas o tan próximas a la imagen de un matadero —¿no en cierto modo para eso mismo existen?—, todas llevan por dentro las marcas del instinto. Las casas de las putas. ¿Qué hombre que se precie de serlo no ha entrado alguna vez a una casa de putas arrinconadas o dispersas, envalentonadas o risueñas? Casas donde se lucra —o se sobrevive— con el cuerpo, ese vínculo tan próximo y sagrado con lo más íntimo y misterioso. ¿De dónde han salido las putas? ¿Por ventura de qué razón superior a los sentidos sobreviven hasta hoy, era de nuestra historia en que el camino de los hombres se ensancha con el progreso y la expansión endémica de las enfermedades atribuidas a los contactos sexuales? Y sin embargo, para muchos es imposible dejar de sentirse atraídos por esos minúsculos vestidos, por esas medias brillosas de factura barata cuando se apostan en las esquinas de alguna calle transitada o a las afueras de algún hotel, de

aquellos que las «buenas costumbres» han dado en llamar —no sin desdén— de mala muerte. He visto en sus casas, he visto sus miradas escurridizas y sus posturas abiertas a la contemplación y a los antojos. Las putas, las rameras, las suripantas, las pécoras, las tías, las furcias, las golfas, las pirujas, las sexoservidoras (ese eufemismo que la nueva cultura del servicio al cliente ha dado en endilgarles). «Una puta es un hecho contundente /y respetable,/ siempre que sepa su oficio/ y sea profesional», reza uno de los poemas de un poeta muy sabio y entendido. Yo digo que es verdad. Porque, dicho sea de paso, hay meretrices que sonrían solo por conveniencia; prometen paraíso y se vuelven rejegas en el acto. Existen las sumisas, claro, pero el silencio espectral que las envuelve acaba con el ánimo de cualquiera. Nada como las putas sapienciales, aquellas que disfrutaban de lo que hacen cuando lo hacen y brindan placer a manos llenas. Una puta sapiente es una profesional en toda la extensión de la palabra: escucha, dialoga, comprende y satisface como quien entrega su vida por tan poco. Y es que el cuerpo no es todo lo que ofrecen. ¿Quién no llega a sus casas por algo más que sexo? ¿Qué muchacho en plena pubertad no las visita a la hora infausta de sus desequilibrios hormonales? ¿Y qué de los solitarios que no saben encontrarse y encuentran en la puta el cauce natural de sus pasiones? ¡Ah, las rameras, las rameras! Tan delicadas y finas cuando se lo proponen. Tan dolientes, a veces. Con sus minifaldas y blusas escotadas, sus diademas y sus peinados con brillantina. Sus perfumes y olores. En esas casas se les encuentra casi siempre sentadas y esperando.

Esperan pacientemente la llegada del cliente que habrá de dar sentido a la jornada que no consiste sino en tener los ojos abiertos y las piernas cruzadas. O abiertas, según ellas lo crean conveniente.

Pero digo puta y me acuerdo de ti, Rosalía. Tan vigorosa y sensible, tan grosera a tu modo con quien no se resolvía de una vez por todas a gastar unos cuantos pesos por tus favores. «¡Puedes meterte ese dinero en el culo, mirón de mierda!» y te volvías a tu lugar enfurecida. Porque es verdad, Rosalía, nadie puede llegar a una casa de citas y salir impunemente. «Quien entra, o compra carne o se aguanta», decías, y en cierta forma también te referías a mí, que en un principio pretendí llegar de mirón a esa casona del centro de Villahermosa a la que solías ir todas las tardes para vender —así se dice decorosamente— tu cuerpo. Fuiste tú quien me dio la bienvenida a mis primeras relaciones carnales —también dicho sea esto con decoro—; fuiste tú quien aguantó mis desplantes de adolescente pudoroso pero ingenuo hasta la empuñadura. «El sexo es el sexo, hijo, además todo el mundo lo hace», me susurrabas mientras te desvestías para ir a la cama y yo temblaba, presa de la excitación y del pánico que me provocaba ese enorme cuerpo tuyo, casi enteramente hecho para fornicar hasta el cansancio; ese cuerpo perdía para mí sus formas en cuanto yo me subía a cabalgar —permítaseme por un momento el símil— y a perderme en el laberíntico vaivén de tus contorsiones. ¡Ay, Rosalía, la negra!, como te decían las otras, tus amigas de oficio. Tu carisma, ahora lo veo, dignifica el papel que juegan

las putas entre nosotros. Recuerdo tus gestos, tu dulce aroma a sándalo o a alguna otra esencia rara de la que eras conocedora empedernida. Recuerdo también la última vez que hice el amor contigo. Estabas allí sentada, donde siempre. Me sonreíste, bien sabías que por ti llegaba; bien sabías que nadie me trataba como tú. Entonces pasamos al cuarto. Miré tu cuerpo. Me deshice de mis ropas de un modo en el que poco tiempo antes no me hubiera atrevido. Después pasó todo. Pasó como pasaba siempre: delicada, gozosa, lentamente. Al final te pusiste tus ropas y me dejaste allí. No saliste sin antes decir estas palabras que no he podido olvidar aun después de pasados los años: «Ya es bueno que te busques una novia, ¿entendiste?, no quiero verte más por este rumbo». Y no volví nunca, Rosalía, aunque me doliera no volver a verte.

Con el tiempo uno entiende que las putas no lo son sino por compromiso; viven de prostituirse, no por placer —algunas sí que se entregan a él sin miramientos— cuanto por una causa comúnmente explicable. Las hay quienes soportan a sus clientes solo por sostener a unos hijos que ignoran la clase de trabajo que sus madres tienen; existen las infieles —engañan al marido, pero aportan su parte al gasto familiar, o, ¿por qué no?, nunca cuentan a nadie de un ingreso ganado al fragor de unas batallas libradas cuerpo a cuerpo. Las putas fieles jamás dicen mentiras: «Hoy, mi amor, me fui a la cama con ocho», le oí decir una vez a una linda puta que me contaba de lo mucho que su esposo la quería, de lo difícil que sería para ella no contarle de sus «gajes» en

el bar donde se acostaba con cualquier cliente que le pagara lo que pedía. Al final de cuentas no sé si tenga caso hablar de ellas. Ya escribió Sabines que a las putas mejor canonizarlas. Y como de las cosas sagradas hay que hablar con respeto, yo me quedo callado y me santiguo.



Doble moral

*De amor humano hacia
el amor divino, /
Voy labrando sin tregua
mi camino.*

Pedro Prado, poeta chileno

1

Sí, lo mío es un dilema. Soy miembro de uno de los grupos más conservadores de la comunidad religiosa a la que pertenezco y todavía, si quieren que les diga la verdad, no sé ni por qué me he atrevido a empuñar la pluma para escribir sobre algo que, en el mejor de los casos, debería guardar celosamente en los casilleros de mi conciencia. Hay, no obstante, una razón que me ha hecho traspasar la frontera de la rígida moral a la que me he sometido por propia voluntad durante más de treinta años: es de ello de lo que quiero hablar ahora. No se crea que con las cosas que he escrito enseguida he decidido zanzar para siempre el enorme peso que significan los preceptos religiosos bajo los cuales he crecido: no soy de aquellos que «se quitan» de su vida un cuerpo de creencias para luego interesarse en otro; en honor a la verdad, si he de dejar muy en claro lo que la religión que profeso —católica, por más señas— ha llegado a significar en mi vida, no tengo más que decir que

nada pesa ni pesará tanto en mis palabras y mis actos como la doctrina y los dogmas del catolicismo.

2

Mi padre fue quien me llevó por vez primera a esa reunión de viejos informales que se reunían mes con mes en uno de los salones contiguos al templo de la Sagrada Familia, cercano a nuestra casa en la colonia donde vivíamos. Por viejos en realidad quiero decir que se trataba de hombres con edades que rondaban entonces la edad de mi padre — que tenía cincuenta y uno—, aunque también había entre ellos algunos pocos que no alcanzaban todavía ni los cuarenta. Otros, los más viejos, superaban en definitiva con facilidad los setenta años. A ese grupo variopinto al que yo llegué siendo casi un niño lo formaban entonces casi treinta «varones». ¡Varones!, aquella era la palabra que solía usar el cura del templo cuando se refería a aquel grupo desigual de imitadores, a su modo, de la vida monjil. Y a mí me parecía entonces que hablaba graciosamente de un grupo de escolares. Yo era a mis trece años, sobra decirlo, el más pequeño de todos. Papá, que me veía casi todas las tardes sin hacer otra cosa que andar inventando juegos y haciendo travesuras en el patio con Matilde, mi hermana, una vez que volvía de la imprenta donde trabajaba como administrador se acercó a mí para hacerme aquella invitación que no entendí en el acto.

—¿Te gustaría ir hoy conmigo a la iglesia para pasar la noche?

Pocas horas más tarde, después de decirle que sí, me vi rodeado de aquellos «santos varones». Ellos bien supieron recibirme y hacer mi presencia llevadera con pláticas y risas prolongadas casi hasta la madrugada. A partir de entonces, dos cosas marcarían sin remedio mi adolescencia y mi vida adulta: me alejé, casi sin darme cuenta, de la mayoría de mis amigos —entonces adolescentes preocupados más por tener su primera novia o por divertirse pateando una pelota— y abracé con inusitada entrega el camino religioso.

3

Me pregunto si no sería justamente esa la intención de papá al internarme recién salido de mi infancia por los terrenos áridos del ascetismo. Él había sido en su juventud un decidido aspirante al seminario; si no hubiera sido por un obispo que al conversar con él sobre sus aspiraciones sacerdotales y al encontrarle lo que, según dijo, eran «limitaciones providenciales del carácter», hubiera con seguridad llegado a cura. A veces me parecía un tipo que no encajaba del todo con su papel de esposo y padre; como si nunca hubiera asimilado del todo las supuestas limitaciones de las que hablaba el obispo y para luchar con ello se diera por entero, como ningún otro, al sinnúmero de menesteres que en la iglesia le confiaban. Lo mismo presidía un movimiento eclesástico entregado a la construcción de un nuevo templo que un círculo de estudio afanado en desentrañar

los misterios de la Biblia; lo mismo organizaba colectas para asistir a enfermos y desvalidos de nuestra parroquia que largas sesiones de rezos en los días de Semana Santa. A decir verdad, se pasaba tanto tiempo metido en sus quehaceres religiosos que apenas si podía regalar a su familia las pocas horas libres del fin de semana.

¿Qué fue —me pregunto— lo que de ese ambiente de cirios y plegarias, de sermones y rezos que rodeaba a mi padre me sedujo y me llevó a fin de cuentas a imitarlo? ¿Qué quería a ciencia cierta hacer conmigo al iniciarme tan pronto en los mil y un vericuetos de la vida religiosa? Lo que descubrí aquella primera noche de insomnio y letanías, de voces que irrumpían a media madrugada para entonar un cántico fue una extraña atracción en mí por las formalidades eclesiales. Gozaba con los ritos que, vistos con la distancia de los años, parecían transportarme hacia los tiempos en que la Iglesia tenía apenas conciencia de sí misma y los primeros cristianos no eran sino un puñado de hombres y mujeres afanados en la propagación de una fe recién nacida.

Pero si el poder que ejercían sobre mí esas formas y ritos eran capaces de provocarme la más pura sensación de gozo y de secreto orgullo, si el seguimiento —que después se tornaría ciego— de unas normas de conducta me seducían hasta el punto de hacer de mi vida un remedo de beatitud, apenas si necesito hablar aquí de lo que la cercanía con la conducta clerical significó en mí durante los años que siguieron a mi adolescencia. Me extasiaba como nadie al contemplar las casullas de los sacerdotes guardadas en los armarios de la sacris-

tía; me fascinaba el cendal de las estolas, la apariencia de los gorjales y lo impoluto de los trajes de los seminaristas. Nadie como yo en toda la parroquia entonaba el *Te Deum* con un seguimiento circunspecto de sus formalidades ni conocía tampoco, del modo en que yo conocía, todas las fechas de los triduos sacerdotales. Mi irresistible atracción por las formas eclesiásticas no terminaba, sin embargo, en la sola admiración de los ritos y de su pompa. En el fondo había comenzado a elaborar una idea muy personal de lo que el verdadero hombre religioso debía ser en relación con un rígido código de conducta cristiana que yo mismo fragüé a luz de viejas reglas, impracticables de tan caducas. Bastará con decir que desde los veinte años, cuando leí *Senda del cielo: libro del buen cristiano*, escrito por un sacerdote jesuita de apellido Junquera, no asisto a una sola fiesta en la que haya licor ni ninguna otra clase de bebida alcohólica — el hombre de Dios, según el padre Junquera, debe huir de toda perversión mental como de la peste— y que practico el ayuno una vez por semana con una disciplina que he llegado a imponer a mi mujer y a mis hijas con la severidad de un militar. No tolero, por si fuera poco, entre mi familia las conversaciones que disientan u opinen en contrario respecto a la validez de mi doctrina. A tal grado llega mi intolerancia con otras preferencias en materia religiosa, que una vez ordené a una de mis hijas la terminación de relaciones sentimentales y de amistad con un pretendiente suyo que se atrevió a decirme a la cara que en cuestión de creencias «todos éramos libres de elegir la que nos viniera en gana».

En mi elaborada idea del comportamiento religioso las formas y las apariencias que rodean al culto adquirieron una importancia suprema; por eso nada hay más que me provoque una emoción tan desbordada como el asistir a la advocación —por orden de las más altas autoridades eclesiásticas— de un templo. Si para admirar las nervaduras de alguna catedral gótica debía acudir a donde estas se encontraran, en ello jamás escatimé un solo peso. Así conocí Notre Dame, en Francia, y Colonia, en Alemania. Porque aquello era como asistir al centro del mundo, como dejarme envolver por unas paredes que habrían presenciado a través de los siglos lo mejor de una humanidad dispuesta a erigir semejantes construcciones como pruebas de fe inestimable. Fue en Colonia, después de un paciente recorrido por los imponentes retablos de su catedral, donde ocurrió lo que me llevó con el paso del tiempo a tomar la pluma y a tratar de ordenar, a través de esta narración, el flujo de unos acontecimientos que terminarían por poner en entredicho mi proba fidelidad religiosa.

4

Ella estaba allí, ofreciendo alimento a las palomas de la plaza catedralicia. Supe instintivamente que era tabasqueña por su aire festivo, por aquella forma redonda de su rostro y sus facciones, que por un momento me hicieron pensar en una vieja cara conocida. Me acerqué, también instintivamente, no sé si para despejar mis dudas o para confir-

mar que no podía equivocarme en la identificación de un semejante, de alguien de mi propia raza. Volaba de regreso a México —me dijo después, cuando habíamos logrado superar el muro de las primeras palabras— en dos semanas. Primero debía visitar algunas otras ciudades europeas como parte de una peregrinación religiosa que contemplaba también la visita a la Plaza de San Pedro, en Roma, y a los Santos Lugares, en Jerusalén.

Yo, que nunca he cejado en mi gazmoñería a la hora de juzgar las debilidades ajenas, que jamás me he permitido la más mínima concesión a la hora de pontificar sobre los «deberes morales», debo reconocer que entonces sentí un arrobamiento que apenas pude ocultarle a mi mujer que viajaba conmigo. Como si Magdalena —así se llamaba ella, casi para terminar de darle resonancia bíblica al encuentro— tuviera para mí una especie de halo que, ahora lo sé, atribuyo a esos aires de beatitud, a esa mirada suya que no deja de recordarme la mirada piadosa de ciertas imágenes de santos. En algún momento de aquella breve conversación intercambiamos direcciones y números telefónicos con la promesa de conversar sobre cierto grupo de catequistas a la que ella pertenecía, y regresé a México con el propósito de telefonarle.

Menos de un mes después visité su casa. Se localizaba en una vieja colonia acomodada cercana al centro de Villahermosa. La había heredado de su abuelo —me dijo luego—, quien había participado con Tomás Garrido en el movimiento de los Camisas Rojas que siguió en Tabasco a la revolución; la había heredado en su cali-

dad de nieta consentida y la compartía desde la muerte de sus padres con una vieja amiga suya, soltera como ella. Entonces me habló de su grupo de catequistas formado en su mayoría por mujeres solas, ancianas, viudas o divorciadas, y por un número pequeño de hombres jubilados y viejos, el grupo se proponía el «redescubrimiento» del catolicismo en sus fundamentos.

—Redescubrimos porque olvidamos— me respondió cuando le pregunté a qué se refería cuando hablaba de redescubrir la fe católica.

Por eso leían y releían la Biblia, buscando encontrar allí las bases de tal o cual dogma; por eso tenían la asistencia espiritual de sacerdotes, incluso del Obispo, si se trataba entender tal o cual pasaje de los Evangelios; por eso también viajaban a los lugares más emblemáticos de la cristiandad a lo largo y ancho del mundo. Diré, para abreviar un poco, que Magdalena vino a ser, tras esas primeras conversaciones, el reflejo femenino de la conducta laica y cristiana con la que yo había soñado durante años. Como yo, ella también tenía su propia galería de santos y era capaz de dictar cátedra en hagiografía a la hora de hablar de su piadosa devoción por muchos de ellos. Su dulzura por las imágenes sagradas llegaba al extremo de tener en su casa cientos y cientos de pequeñas efigies y reproducciones de los más insólitos tamaños y procedencias. En una de mis visitas recuerdo haber visto la imagen de San Juan Bosco, según lo representa en sus pinturas la religiosidad popular de diez países diferentes visitados por ella en varios de sus viajes anteriores.

Comencé entonces a frecuentarla. En poco tiempo me admitieron en su grupo de catequistas, de modo que a partir de ello habría sobradas razones para acudir a sus reuniones con una regularidad que no tardó en provocar algunos comentarios. La primera vez que caí en cuenta de ello fue en una de las reuniones semanales del grupo de liturgia de mi parroquia a las que comencé a faltar cada vez con mayor notoriedad.

—Es claro —dijo una señora del grupo, vieja amiga de los menesteres eclesiales— como ya tiene amigos en otra parroquia, don Braulio comienza a olvidarnos poco a poco.

Y aquí juraría que de seguro mi comportamiento estaría provocando más de alguna extrañeza, puesto que en todo el tiempo que me había tomado el trato con Magdalena jamás había hecho mención de mi asistencia a su grupo. ¿Es que quería ocultarla? Con el paso de los días mis reuniones con el grupo de Magdalena no hicieron otra cosa que incrementarse. Incluso comencé a visitarla en su casa. La veía muy frecuentemente entre semana, después de salir de la oficina, y aun llegué a verla por las mañanas, camino al trabajo, con los pretextos más anodinos que puedan imaginarse.

5

Bien sé que a estas alturas nada he dicho sobre la reacción de mi familia ante el cambio evidente en mi comportamiento. Nada sobre mi mujer que pronto comenzó a no-

tar en mí los signos de ese cambio operado lenta, pero tal vez de forma irremediable. Una tarde en que volvía de la oficina la encontré a ella y a mis dos hijas esperándome en la sala, dispuestas a interrogarme. Era parte del dominio público —me dijeron— mi virtual alejamiento de las labores parroquiales. Se me había visto con frecuencia por otros rumbos de la ciudad, y lo peor de todo no era lo que la gente dijera o pensara sino el silencio en que había decidido hacer lo que hacía. Apenas si pude darles una explicación cuando terminaron aquellas preguntas iniciales.

—Conocí a una mujer —les dije.

Las tres me miraron con un gesto de sorpresa apenas contenido. Les hablé entonces de que se trataba de una mujer a la que había conocido en el viaje a Alemania. Les conté del grupo de catequistas y de lo de mis visitas a su dirigente por cuestiones que tenían que ver estrictamente con el funcionamiento del grupo. Si me había alejado de la parroquia —añadí— era porque, después de muchos años, sentía en cierta forma la necesidad de procurar mi crecimiento espiritual por otras vías. Que eso era lo que suponía mi participación en otro movimiento religioso.

Todo eso debió de haberles sonado convincente porque ni mi mujer ni mis hijas objetaron absolutamente nada. Las verdaderas dificultades llegaron cuando me cuestionaron por la razón de mi silencio. Entonces apenas si pude responderles que no había querido inquietarlas con el desasosiego que sentía con mi permanencia en mi antiguo grupo, que tal vez habrían pensado que empezaba a cansarme de mis obligaciones eclesiales

para entregarme a una anodina vida laica, carente de compromisos. Confieso que sentí náuseas por la caricatura de justificación que entonces intentaba ofrecer a mis mujeres; sentí náuseas de mí mismo, de lo inconfesable que comenzaba a ser mi relación con Magdalena. Porque había empezado a ocultarla como a una amante, como una pasión secretamente conservada. Y si quieren que acabe de una vez por todas de confesar mi pecado, les diré que sí: con los días quise hacerla mi amante para convertirla con el tiempo en aquello que, tal vez en el fondo y sin saberlo del todo, deseaba.

6

Ocurrió una tarde en que fui a su casa después de un día tedioso en la oficina. Ella leía en el amplísimo corredor de mosaicos que se extendía entre el blanco y el negro, como tablero de ajedrez a lo largo de un jardín lleno flores. Magdalena leía con lo que me pareció una rara expresión de beatitud, una expresión que —lo he sugerido antes— solo había visto en el rostro que suelen ofrecer algunas imágenes de la Virgen. No sé por qué impulso alojado en un interior tan hondo tal vez como el que guarda mis más ocultas intenciones, me acerqué hacia ella con la intención de abrazarla. La abracé con un abrazo irrepetible, único, al que ella respondió con calma inusitada. Y el abrazo que fue como un estallido emocional nacido de nuestras entrañas se prolongó por un tiempo no medido en segundos o minutos sino en in-

tensidades. Del abrazo que nos mantuvo allí, de pie junto al jardín y sus plantas trepando caprichosamente por los pilares, pasamos a las palabras. Le dije, entonces, lo que sin darme cuenta quería decirle desde hacía tiempo atrás, pero que no lograba articular conscientemente. Le dije a Magdalena que la necesitaba, que había empezado a extrañarla con la fuerza que se necesita para querer a alguien y buscarle como a algo esencial e irremplazable. La quería —le dije— del modo en que quiere un hombre a la mujer con la que sueña, con la que estaría dispuesto a compartir su tiempo para ofrendar su vida en el altar de las renunciadas. Sí —le dije a Magdalena—, por ella era capaz de renunciar a la torpe vida marital que desde hacía más de treinta años me mantenía unido a Lucía y también de dar la espalda a la grisácea vida penitente que, sin saber a ciencia cierta cómo, había elegido. Ella —lo supe por su mirada que como pájaro en huida comenzó a posarse en los rincones más lejanos del jardín— no supo qué decir a la explosión en que se convirtieron mis palabras. Pensé por un momento que daría la espalda al torrente de voces liberadas por mí de la oscura mazmorra que las contenía, pero guardó silencio. Magdalena callaba mientras desde un fondo impenetrable, apenas entrevisto en sus ojos, me veía.

—Acaba usted de convertirse en un apóstata, Braulio— sentenció.

Después no dijo más. Me dirigió, en cambio, una mirada que no supe acaso descifrar. Era el suyo un gesto que sugería pena, pero también consuelo. Yo sabía que en lo profundo Magdalena era capaz de mirar a

la miseria que había en mí con una reserva suficiente de ternura y afecto. Decidí intentar la enmienda de mi atrevimiento; quise despedirme de ella como el que derrotado en una guerra no librada se retira.

—Braulio, espere, envidio su valor, tal vez pudiéramos...—dijo.

Pero ella no quiso o no pudo terminar la frase. La interrumpí con un dejo de premura que quería arrancarle las palabras, las únicas esperadas por mí de sus labios entrecerrados.

—Tal vez pudiéramos...—dije.

Pero Magdalena no llegó a decir las. No las dijo entonces y tampoco nunca porque pasó a ser, con su cortés manera de despedirme aquella noche —«los dos podríamos juntos enfrentar al demonio que empezaba a deslizarse entre nosotros veladas tentaciones», quiso decir— lo que se dice un recuerdo. A esa mujer a la que conocí en Colonia mientras las palomas picoteaban a nuestro alrededor, a ese rostro lleno de beatitud por el que bien hubiera podido ofrendar el resto de mi vida en el altar de los sacrificios, no he vuelto a verlo desde entonces.

Lo que no es un recuerdo, lo que sí es una porción de esa realidad decorosa y púdica que por momentos me asfixia, es el desgarrado lienzo en que después de la aparición de Magdalena se convirtió mi vida. Prefiero aún, es cierto, la rutina que me lleva a estar metido entre hornacinas, entre vinos que se escancian consagrados y entre sotanas que relucen con su grave apariencia de cosas intocables. Lo que tampoco es —ni podría ser

un recuerdo— es que el tajo que en mí llevo por dentro ha escindido mi alma de modo irremediable.

Sí, lo mío es un dilema. ¿Volveré a Magdalena, la Magdalena que se apiadó de mí cuando hablé de librar una guerra al demonio del amor que me posee? ¿O debo esperar, encontrar entre la muchedumbre una Magdalena que no quiera librar batalla alguna? Tal vez no sea difícil encontrarla. ¿Acaso no escribió San Agustín que hay que buscar como quien debe encontrar y encontrar como quien debe seguir buscando?



Mala fortuna

1

Los pies de aquel cuerpo habían sido curiosamente colocados en dirección a la entrada principal de la capilla, cosa que él aprovechó para mirarle el rostro mientras permanecía de pie junto a una esquina del ataúd. Al frente, el avejentado sacerdote dirigía a los feligreses las últimas palabras de un sermón que ya se había prolongado más de lo previsible. Él parecía no escuchar. Cabizbajo como se veía tampoco debió notar que tuvo que haber ocupado su asiento casi diez minutos antes, cuando los otros tres que hacían la guardia de honor fueron relevados. Tal vez prefería velarlo entonces porque quizá no lo seguiría al cementerio. Con seguridad no querría presenciar un entierro del cual él mismo pudo haber sido protagonista, tomando en cuenta el riesgo al que se encuentran sometidos los hombres como él y como el difunto. Las autoridades policíacas declararon que no era del todo descabellado suponer una posible venganza: finalmente en vida el muerto había sido periodista, y los periodistas, había dicho con sorna el jefe de la policía asignado para el caso, «pueden llegar a morir si se toman muy en serio el oficio». Cuando volvió a sentarse había transcurrido casi media hora de guardia. Entonces miró el ataúd, de un color azul celeste, adornado con flecos de un azul más profundo, a cuyo costado dos

grandes cirios parpadeaban. El aire solemne que flotaba en aquella atmósfera, se nutría del silencio de los asistentes a esa misa en la capilla de san Jerónimo.

A lo largo de la extensa entrada hacia el altar, una docena de coronas mortuorias tapizaban los bordes de madera, instalados solo para contener a la multitud congregada desde la enorme puerta de acceso. Entre familiares, amigos y conocidos, más de un centenar de personas se encontraba en la capilla para asistir a la despedida de quien, apenas unos cuantos días antes gozara de una vitalidad «jocosa, chispeante», a juzgar por más de algún asistente empeñado en hablar solo en buenos términos del difunto.

Él seguiría escuchando muy cerca de la sacristía el sermón del cura que a ratos se llevaba las manos a la cabeza, quizás incómodo debido a aquella calva pronunciada. De sus encendidas palabras acerca de una lectura del Evangelio según san Juan, aquel sacerdote tan sugestivo por sus frecuentes gesticulaciones y el manoteo gracioso que le hacía lucir como un incendiario merolico había empezado a dirigir palabras de consuelo a la familia de «un hermano entrado a la gloria de Dios». La madre —una menuda mujer morena cuya edad alcanzaría tal vez los sesenta años— no dejaba de secarse las lágrimas mientras apoyaba la cabeza en una de sus dos hijas, sentadas a sus costados. Las tres miraban al sacerdote que casi al final de su prédica llegó a situarse muy cerca de donde se encontraban, volteando a intervalos hacia el ataúd del difunto. Una penumbra repentina comenzó a filtrarse a través de los ventanales

de la capilla y provocó un murmullo generalizado entre los presentes, que desde sus lugares parecieron advertir la inminente caída de la lluvia. Porque lo común en los casos de misas para difuntos era una celebración más sencilla que las de costumbre; aquella sin embargo se había demorado casi una hora, debido a un retraso en el cortejo. Así que el final de la ceremonia tuvo algo de precipitado, como si el cura hubiera tenido que concluir la debido al fastidio de los asistentes, percatados ya del aguacero que pronto podría cernirse sobre los alrededores.

Él no desvió la vista del altar. No pareció sorprenderse tampoco ante la brusca aparición de la penumbra. Se dedicó a mirar, a esculcar con los ojos los sucesivos cuadros que muestran el largo pasaje a la crucifixión. Los había visto todos cuando entró a la capilla y los admiró prendidos a los muros, dispuestos en ese orden cronológico por el cual se exhibe la ejecución del Cristo. Fue cuando terminó de apreciarlos todos que decidió colocarse justo debajo de la imagen del santo sepulcro. Sería en ese lugar donde tuvo que tolerar las repetidas interrupciones de los monaguillos que pasaban junto a él llevando toda clase de accesorios para el acto litúrgico.

Su salida de la capilla ocurrió entre la turbamulta que poco tardaría en enterrar a quien había sido uno de sus mejores amigos durante los memorables tiempos de *El día*, periódico para el que había trabajado durante siete años y en el que lo conoció como reportero de la sección policiaca. No saludó a nadie. Tampoco ofreció sus condolencias a las tres mujeres que de pie frente a la puerta

de acceso recibían, poco antes de partir rumbo al cementerio, los numerosos pésames de rigor. Confundido por un momento entre la muchedumbre, terminó por detenerse. Inhaló una bocanada de aire y siguió mirando a mitad de calle con dirección a la multitud que se alejaba ya con el féretro por lo alto. Comenzaba a llover.

2

Rodrigo Oyosa había estado bebiendo toda la noche con sus amigos en el hotel Viva, de Villahermosa. Se trataba de una fiesta informal entre periodistas en la que saludó a colegas suyos de diarios tan combativos como *El independiente* y *Perfil Sureño*, aunque también a los de algunos otros periódicos oficialistas. No trabajaba propiamente en ninguno de ellos desde que decidiera renunciar algunos meses antes a la jefatura de redacción en *El informador*, pero nunca dejaba de recibir invitaciones gremiales para asistir a festejos nocturnos que casi siempre concluían al amanecer. Aquella vez, debido al festejo por «el día de la libertad de expresión», estuvo conversando largo rato sobre sus proyectos futuros con Jaime «Chato» Gómez y Fabián Valle. Ellos dos eran sus más allegados excompañeros en el periódico.

—¿Por qué no le entras a coordinar la nota roja, Rodrigo?— le preguntaba Jaime que parecía no dar crédito a las explicaciones que Oyosa había dado mientras charlaban acerca de su retiro sorpresivo, y en apariencia temporal, del medio periodístico.

—Primero las broncas, mi Chato —contestó Rodrigo—. Tú sabes, sin cuentas pendientes cualquiera puede dedicarse a lo que le venga en gana.

—Pues sí, ¿pero no crees que ya son varios meses de licencia voluntaria?

—Negocios son negocios, amigo. Además, no me digas que cae mal retirarse un poco de la peste periódica.

—Si tú lo dices, carnal...

Fabián, quien por su parte se había limitado a seguir con intervenciones ocasionales el curso del diálogo entre Jaime y Rodrigo, era el encargado de procurar al pequeño grupo que los tres formaban las copas y los cigarros que de cuando en cuando consumían.

—¿Qué, se toman otra? —invitaba cada que veía cómo el licor bajaba de nivel en sus respectivos vasos.

La conversación fluía al calor del repertorio de un grupo musical y de las voces del resto de los asistentes. Los temas eran los mismos que habitualmente habían sido el centro de la discusión en anteriores veladas: los últimos casos de corrupción en el gobierno del estado, las líneas periodísticas, las asonadas discretas y teledirigidas, las prebendas, los ahijados y los padrinos en el mundo de los medios... («¿supiste cuánto recibió el mes pasado la gente de *Vanguardia* solo por divulgar la gira del gobernador en la Chontalpa?»; «qué mal les queda el giro politiquero a los columnistas empresariales, ¿verdad compadre?»; «¿por qué carajos no habrá venido Toño, el fotógrafo estrella más amarillista en el sureste de México?»); y cosas por el estilo.

Pocos minutos después de las tres de la madrugada, Oyosa había terminado de beber su décima copa de la noche y se dispuso a salir del convivio. Jaime y Fabián insistían en reprocharle su prisa por retirarse a pesar de las insistencias, particularmente de Jaime, que se mostraba entusiasmado con la charla entre los dos. Rodrigo sale del hotel y enfila con dirección a Paseo Tabasco mientras comienza a fumarse un cigarro. Camina con lentitud hacia la esquina con Ruiz Cortines y pronto espera el paso de un taxi. Minutos más tarde, un automóvil con vidrios polarizados se detiene frente a él; lo aborda con torpeza y masculla obscenidades mientras se acomoda en el asiento trasero.

—A la calle Hidalgo, de Tamulté —dice.

El auto se pone en marcha de inmediato con la probable intención de atravesar la ciudad, a esas horas con sus calles desiertas, y tarda poco en cruzar las largas avenidas principales de Madero y Paseo de los Candiles; atraviesa Héros del 27 y prosigue en línea recta por todo el bulevar de los Vencedores. Más adelante bordea el malecón, desde el que es posible echarle un vistazo al río graciosamente revestido por el brillo distante de la luna. Da vuelta en el retorno conocido como «El giro del duende» y dobla por fin a la derecha para enfilarse a una velocidad endemoniada hacia la oscuridad de la carretera.

Casi una hora después, el auto se detiene frente a una casa abandonada y a medio construir, en medio de mucha maleza. El conductor —hombre corpulento y bigotón con la camisa a medio abotonar— des-

ciende rápidamente y abre la puerta por donde bajará Rodrigo, que despierta después de haberse quedado dormido.

—¿Te acuerdas de tu investigación sobre los terrenos de Paraíso, periodista de mierda?— pregunta el bigotón mientras sujeta a Rodrigo por los brazos —Si no, ya te acordarás. Ahora acaba de bajarte, hijo de puta...

3

—Delicado, doña Cristina, muy delicado —dijo el médico luego de examinar con detenimiento los signos vitales de Rodrigo que yacía inconsciente en el cuarto de un hospital. El médico hizo una pausa antes de continuar con el diagnóstico y dirigió en tanto una rápida mirada a la mujer.

El médico no había descartado del todo la posibilidad de una complicación. Los golpes recibidos la madrugada anterior habían conseguido fracturarle la pierna izquierda y la clavícula del hombro derecho, además de provocarle una intensa hemorragia interna, pero en sus propias palabras el verdadero peligro radicaba en la severidad de los golpes en la cabeza. Tomó entonces sus instrumentos, un estetoscopio y un rollo de vendajes que envolvió después de haber ajustado las gotas de suero que fluían a través de las venas del paciente; se acomodó aquellos lentes que le daban un aire circunspecto y cogió el maletín donde guardaba el resto de sus rudimentos médicos.

—Veremos cómo reacciona las siguientes veinticuatro horas— dijo antes de despedirse y atravesar el umbral de la puerta.

Minutos después, entraron Diana y Margarita, las dos hermanas de Rodrigo. La primera vestía un traje sastre color azul. Unas zapatillas negras de charol, una bolsa de cuero colgada al brazo y un peinado recogido hacia atrás completaban su apariencia que contrastaba con la imagen de Margarita. Esta llevaba puesto un holgado pantalón rojo, perfectamente combinado con el floreado diseño de su blusa. Sus cabellos sueltos, largos y rojizos como los de doña Cristina, parecían revolverse en deliberado desorden. Fue Diana la primera en preguntar por las conclusiones del médico:

—¿Qué te dijo el doctor, mamá?

Doña Cristina pareció vacilar un momento al cabo del cual terminó silabeando una respuesta salida como a duras penas de sus labios apretados y blanquecinos.

—No lo sé hija —contestó al borde del gemido—, solo dijo que tendremos que esperar a que reaccione.

—¡Malditos! —masculló Margarita—, pero esto no se quedará así, mamá, Rodrigo tendrá justicia pase lo que pase...

Por los ventanales abiertos comenzó a soplar enseguida una ventisca que agitó las cortinas del cuarto. Las tres mujeres permanecieron un momento en silencio, como escuchando el sonido de las hojas de los árboles cayendo intermitentes en el exterior del hospital. Diana se acercó a la ventana y echó un vistazo a lo desolado que lucían las calles desde aquel punto.

—Me habló su amigo Fabián, me dijo que se despidió de ellos cuando salió pero que no supieron a dónde iba.

Inhaló aire con fastidio, entornó los ojos y soltó un vaho que le removió los cabellos. Luego continuó: —Tenemos que denunciar cuanto antes en la policía.

—¡La policía, la estúpida policía! —protestó Margarita— ¿sabes cuándo vas a tener una respuesta de esa peste?

—Por Dios, hija —intervino doña Cristina— nada ganamos desconfiando.

—Escucha, mamá, Rodrigo tiene pleitos de los que ni siquiera tenemos idea. ¿Sabes qué podría pasar si denunciamos en la torpe policía?

Un nuevo silencio cargado de pesadumbre pareció invadir el cuarto. La ventana, dando justo a una calle escasamente transitada, recibía a ratos el acompasado —casi impertinente— sonido de los carros. Tras un momento de incómodo silencio, Diana prosiguió con la conversación interrumpida:

—No se me ocurre otra cosa, dar parte a la policía es nuestra única salida.

—¡Diana, por favor, hay otras salidas! —replicó Margarita—, Rodrigo es periodista, podemos buscar la ayuda de sus amigos, qué sé yo...

—¿Estás loca? —incredó Diana alzando la voz— Lo que quieres entonces es que nos maten...

—Se trata de dar con los responsables.

—Pero no es tan sencillo, hija —intervino doña Cristina al borde del sollozo—, la golpiza que le dieron a tu hermano no es asunto nuevo y tú lo sabes.

Por primera vez, desde que una voz desconocida les avisara al otro lado del teléfono que Rodrigo había sido encontrado inconsciente y casi molido a golpes en medio de un camino vecinal situado las afueras de la ciudad, Margarita pareció ceder en el ímpetu de su indignación. Hija menor de la familia y estudiante de psicología, no solía quedarse callada ante aquello que la indignaba; por eso cuando niña, y hasta bien entrada la adolescencia, sus frecuentes pleitos escolares.

Circunstancias distintas rodeaban a Diana, la mayor de los tres hermanos. Educada bajo la tutela estricta de doña Cristina, había crecido con la idea metida en la cabeza de llegar a ser monja; y aunque no llegaría a serlo, pese a haber permanecido casi cuatro años en una congregación de capuchinas en Mérida, casi todos los que la conocían se atrevían a sugerir que era visible en ella uno que otro resabio de las enseñanzas recibidas de «las monjitas». «A ver cuándo nos das el gusto, hermanita», vivía repitiéndole Rodrigo para tratar de convencerla de que ya era tiempo de buscarse a un hombre que la quisiera de veras. Pero Diana seguía soltera y sin viso alguno de pareja, con todo y sus treinta y tantos años encima.

Las dos hermanas habían sentido la muerte de don Agustín, su padre, como un hecho desgarradoramente decisivo. Lo habían visto sufrir por más de dos años hasta el final de aquel cáncer de pulmón que, según se supo, contrajo en el lugar donde trabajaba. La actitud de doña Cristina de cara a las adversidades que trajo consigo la muerte de su esposo, sirvió por eso de mucho para apaciguar el trance al que estuvo sometida la familia, a la que

en ese tiempo si algo le sobraba eran las múltiples deudas contraídas para paliar la enfermedad de don Agustín.

4

Bajaron del auto como a tientas, tropezando con las piedras y levantando polvo del camino. Atrás, en la ciudad, habían quedado las luces de los edificios y los anuncios luminosos. Ahora en los alrededores podía escucharse el ladrido lejano de perros y el zumbido próximo de los mosquitos. A lo lejos, la visión difusa de unas cuantas casas que ellos no miran mientras avanzan por entre la vereda. En una de las construcciones parece haber luz, una luz que apenas se escabulle por el marco de una ventana. Lo demás es una oscura visión que se pierde en los potreros; allá donde los árboles parecen entrecruzar sus ramas con el color a fuego fundido del cielo. La marcha es fatigosa, desesperante a veces. Los pasos de Rodrigo se tornan por eso torpes, aletargados al resonar de aquella voz que es más bien una especie de graznido repitiendo «¿Te acuerdas de lo que te atreviste a hacer, Oyosa?». En pocos minutos atraviesan la aterrada geografía de un lugar que solo el gordo identifica. Las copas empiezan entonces a ejercer su efecto irremisible: Rodrigo trastabilla y recibe, antes de que pueda enderezar su cuerpo, un puntapié que lo derriba.

—Te pasa por borracho, cabrón —dice el gordo que no mueve un solo dedo para levantar a Rodrigo, que a duras penas se reincorpora.

Poco después ya no hay mucho por recorrer. La mirada de Rodrigo es para entonces una mirada vidriosa y casi adormecida por el vaho de la inconciencia. En el aire enrarecido de la madrugada flotan las preguntas que alguna vez le hicieran sus compañeros y a las que nunca había podido dar sensatas contestaciones. «¿Por qué carajos meterse donde no lo llamaban?», «¿qué ganaba con amargarle la vida a un verdadero pez gordo como el que ahora seguramente se las cobraría?» Algo en aquella oscuridad parece confirmar que toda explicación es ahora una apuesta por lo imposible. No hay marcha atrás. En vano suponer que su retiro temporal de los diarios arreglaría el asunto. «Solo una cosa no existe: es el olvido», había leído en un verso de Borges, el viejo escritor que tanto lo irritara con esa idea perversa de los laberintos. Pero Borges tenía razón: el olvido no existía. Mucho menos cuando hay advertencias de por medio.

El último trayecto que recorrieron transcurrió después de que cruzaron los alambrados que cercaban el acceso a las construcciones que se veían desde la carretera. A la distancia, el centelleo de las últimas luciérnagas parece más bien un festejo del día que pronto habrá de empezar, quizá como siempre para los demás. No para Rodrigo. Delante de ellos, las casas que desde la carretera parecen pequeñas, en realidad tienen tamaños suficientes para cobijar a familias más o menos numerosas. Son tres casas en total. Frente a una de ellas hay sacos alineados. Contienen maíz, a juzgar por los granos dispersos en el suelo. Frente a otra de las casas hay pilares

derruidos, restos tal vez de alguna construcción anterior. Los dos hombres dirigen sus pasos hacia la casa de la luz vista por la ventana. Es la primera de las tres; la última apenas si se distingue en medio de la oscuridad. Cuando se acercan, el gordo empuja a Rodrigo y toca la puerta. Los suyos son golpes secos que interrumpen el silencio de un lugar en el que apenas unos minutos antes solo el sonido de los grillos se escuchaba. Por el marco aparece un tipo cuya barba remata una cara morena regordeta y de mirar ensimismado. Usa camisa a rayas sin mangas, es de estatura mediana y tiene una postura que le hace verse encorvado. Los tres hombres entran a la casa. Unos muebles desvencijados y una mesa a medio arreglar es lo primero que se ve cuando se entra. Hay también un televisor colocado sobre un librero sin libros y lleno en cambio de aparejos para albañilería: hay allí martillos, clavos, cucharas e incluso varias franjas; más allá, la cocina da la impresión de ser más bien una bodega. Solo una ventana da al callejón por el que se llega a la casa. Nada se ve por ella más que el ramaje de los árboles y la oscuridad decreciente del amanecer. A Rodrigo lo conducen a la mesa y lo sientan en una de sus sillas. Mientras el gordo se acerca a la ventana y la cierra, el grandulón de la barba se sienta frente a Rodrigo, lo mira un momento y esboza una sonrisa que de inmediato desaparece.

—Vamos a ver qué puede decirnos un borracho — dice mientras le palmea una mejilla.

Rodrigo, que hasta entonces se debatía entre la somnolencia y la lucha por permanecer consciente, abre

bien los ojos y mira con sorpresa a los dos hombres. No dice nada, pero en su rostro se advierte el dejo del temor disimulado, de la embriaguez que pretende decir que nada sabe. El grandulón se levanta de la silla y palmea de nuevo —esta vez con fuerza— la cara de Rodrigo.

—¡Pero no te trajimos aquí para que duermas! — grita, y Rodrigo mueve esta vez la cabeza de un lado a otro; quizá afirmando con ese movimiento su indisposición a escuchar lo que los dos tipos quieren decirle. En dos palabras, Rodrigo formula una interrogante que intenta atisbar en su futuro y que revela de paso la condición oscura de su presente.

—¿Qué quieren?

Es el grandulón de barba el que le contesta.

—Es muy simple, cabroncito. Por tu bien, queremos saber quién diablos te dio la información que publicaste el año pasado sobre los terrenos de Paraíso.

Rodrigo cierra los ojos y exhala sin fuerza un soplo.

—¿Me escuchaste o te estás haciendo pendejo? — pregunta el grandulón que aproxima su rostro enrojecido por la cólera a la cara de Rodrigo.

Este abre los ojos y lo mira. Pero su mirada parece no saber lo que mira. Rodrigo le muestra al grandulón una cara de desentendimiento tal que no deja lugar a dudas: será difícil obtener de él una respuesta cuerda mientras no le pasen los efectos de la borrachera. Algo mueve, sin embargo, al grandulón que insiste en preguntar lo mismo.

—Te lo voy a repetir, pinche periodista. ¿Quién carajos te dio la información de los terrenos de Paraíso?

Esta vez Rodrigo permanece con los ojos abiertos. Levanta la mirada al techo como buscando encontrar la respuesta donde no podrá jamás hallarla, pero donde no tiene delante de sí la cara amenazante de aquel probable matón profesional. Luego mueve la cabeza y responde.

—No me acuerdo, no sé nada.

Entonces el grandulón se incorpora. Se dirige al gordo que ha seguido el interrogatorio sin decir palabra alguna.

—Llévatelo —ordena—, enséñale a este pendejo cómo se acuerda uno de las cosas.

5

A Rodrigo Oyosa lo encontraron tendido a las orillas de un camino rural que conduce a la carretera Villahermosa-Coatzacoalcos. Lo hallaron después de que lo molieran a golpes, tal vez en uno de los terrenos próximos. Las heridas que su cuerpo presentaba de los pies a la cabeza parecían más una armadura de hematomas e hinchazones que un rosario de impactos recibidos con saña. Su rostro era el reflejo lejanísimo de lo que alguna vez pudo haber sido un rostro con señas y facciones. Irreconocible como estaba a fuerza de tanta contusión y del sangrado que le escurría —leve, pero intermitente— por la nariz, había sido difícil, aun para su madre y sus hermanas, identificarlo. De no ser por el par de lunares dispuestos en una pequeña línea vertical debajo de su ojo derecho —curiosidad que volvía

peculiar aquella cara hecha para mirar con dureza impenetrable— Rodrigo podría haber pasado como uno más de los «ajusticiados» que casi a diario aparecen en una tierra tan violenta y a resultas tan bárbara como la de Tabasco. Ingresado al área de urgencias del primer hospital que se tuvo al alcance cuando lo trasladaban a Villahermosa desde el sitio en que lo encontraron, no era difícil pronosticar un diagnóstico pesimista en torno a su estado. Minutos después de su ingreso, los médicos informaron en efecto que Rodrigo tenía un severo traumatismo en la cabeza. Su vida peligraba al grado de tener pocas probabilidades de salvarse. Si milagrosamente sobrevivía, nadie podía asegurar, dijeron los médicos, que no padeciera irremediablemente de un daño en sus capacidades motoras o en sus facultades mentales. Con todo y lo sombrío del diagnóstico, Rodrigo permaneció en el hospital por espacio de un mes. Visitado por amigos, conocidos y familiares, no recuperó la conciencia hasta pocos días antes de abandonar aquel cuarto atestado de olores a medicamentos y a extrema asepsia clínica. Del hospital fue llevado a la casa de su madre. Su cuarto —el cuarto que fuera suyo antes de que decidiera mudarse al departamento donde vivía— se convirtió entonces en el sitio por el que desfilaban personas interesadas en su convalecencia o —no es de dudar en tales casos— poseídas por la curiosidad de conocer su estado. Y es que, a pesar de haber dejado el hospital en medio de la expectativa de una recuperación lenta pero progresiva, traumática pero segura, era evidente en Rodrigo el daño que los golpes le habían ocasionado. No se movía sin el auxilio de alguien que lo asistiera hasta en las cosas más

simples y delicadas. Comer, ir al baño, cambiar de postura en la cama o acomodar un poco la cabeza para alimentarse comenzaron a convertirse poco a poco en una verdadera faena —cercana a la tortura— para su madre y sus hermanas. Hablar también llegó a significar para Rodrigo un hecho doloroso. Articulaba las palabras como quien tiene que desplegar un esfuerzo inaguantable. Los músculos de la cara se le tensaban de tal modo que cuando quería completar una sola palabra, cualquiera que estuviera con él podía llegar a temer un desvanecimiento repentino. Si alguien lo visitaba, su mirada parecía escudriñar desde una distancia insondable al visitante. Cerraba los ojos y permanecía así por un buen tiempo, como si emprendiera en ese no mirar al recién llegado un viaje transitorio hacia un abismo que solo él atisbaba. Cuando los abría, continuaba con aquel mirar ambiguo, parecido al mirar torvo y llamante de un alucinado. Y aunque parecía dar muestras de haber recuperado la conciencia casi plenamente, de saber dónde estaba y quiénes eran aquellos que al borde de su cama se asomaban al foso de su convalecencia, nada podía augurar un desenlace feliz en el estado de Rodrigo. Lo peor, de hecho, podría estar por esperarse, habían dicho los médicos, y para eso —empezaban a entenderlo su madre y sus hermanas— debían tomar el curso de los acontecimientos con la absoluta calma que trae la conciencia de las cosas. Una tarde, después del baño al que era sometido diariamente y al que se resistía con una mezcla de pudor y afectación, Rodrigo recibió la visita de Jaime y Fabián, los dos amigos con los que conversara en la fiesta de periodistas la madrugada en que lo molieron a golpes. La gente

del medio —le dijeron— estaba dispuesta a exigir hasta las últimas consecuencias el esclarecimiento de los hechos y la detención de «los hijueputas que le habían hecho eso». Ya podía entonces tener la absoluta confianza en que su caso no quedaría irresuelto. Él los miraba como sin entenderlos, como intentando en medio de un esfuerzo supremo reconocer al par de animados jóvenes que lo visitaban, seguramente comprometidos con una causa superior o con una apuesta valiente. Apenas si pudo responder a lo que decían sus amigos. Acaso esbozó en un guiño lo que pudo haber sido un agradecimiento o una demostración de afecto, y se volvió a aquella postura —la cabeza rígida, el cuerpo todo como una materia exangüe— detrás de la que no podía sino sospecharse un abismo hecho de oscuridad y silencio. Ni bien se habían ido Fabián y Jaime, un acceso de tos irreprímible pareció apoderarse de Rodrigo. Tosía y tosía, mientras se contorsionaba y giraba de un extremo al otro de la cama. Su rostro, descajado ya a partir del largo y lento infierno de la convalecencia, adquirió de pronto el más extraño e intenso color que pueda observarse en una cara. El rostro de Rodrigo se tornó de un verde parecido al verde de una hoja a punto de maduración; aquél era un verde tan próximo al amarillo, pero sin llegar a serlo plenamente. A través de su boca comenzó a salir una suerte de eructo que después se convirtió en violento vómito. Y al vómito, por el que Rodrigo comenzó a expulsar una gran cantidad de líquido viscoso y amarillento —mezcla de dieta regulada y medicinas— lo siguió aquella abundante expulsión de espuma que no habría de terminar sino pocos días antes de su muerte. Cuando su madre

y sus hermanas lo encontraron inerte y con una expresión de angustia irreprimible en medio de la cama, creyeron hallarlo muerto. Minutos después, tras una intensa y desesperante lucha por reanimarlo, Rodrigo abrió los ojos. Con ello calmó el llanto y el grito de las mujeres que a poco estuvieron de volverse locas, presas como estaban del dolor y la alegría que les causaba verlo vivo de nuevo. Se quedaron un momento en silencio. Algo les hacía pensar que quizá otros momentos como aquél volverían a presentarse. Tal vez hasta el cansancio. O hasta la náusea.

6

No saludó a nadie. Se quedó detenido un momento a mitad de la calle, mirando cómo se alejaba el cortejo con aquel ataúd que bien se parecía a una embarcación flotando como en un mar embravecido. Por la expresión de su rostro pareció asomarse, apenas contenido, el signo inequívoco de una sonrisa. Se acordaría, tal vez, de los ratos alegres al lado de su amigo o de alguna otra razón que le haría reír con nadie, con ese nadie que ahora ocupaba las aceras, que iba y venía por la soledad del atrio de la iglesia, que adelantaba pasos por entre los linderos de la calle. Se acordaría de cómo empezó todo. De las copas de tequila servidas a ese par de periodistas —insulsos, a su entender— y ajenos al valor de la tarea que tenía entonces por delante. Quizá recordaría lo poco que le costó hacer esa llamada, la llamada de alerta por la que ganaría lo suficiente como para alejarse del tufo periodístico y salir, así fuera momentáneamente,

de su miseria de reportero sin futuro. «Ya está —diría a las voces que lo oían al otro lado de la línea—, el cabrón ya se va y lleva varias encima». Tal vez recordaría la última vez que lo vio vivo, tendido y casi hecho un harapo entre las sábanas. Recordaría las risas y el entusiasmo embriagador de sus palabras, allí junto a la cama de quien casi cruzaba el umbral de la otra vida. Es probable que en todo eso pensara. Aunque quién sabe. También podría haber pensado en las razones que lo llevaron a hacer lo que hizo. ¿Pero por qué lo había hecho? ¿Cómo se llamaba eso de facilitarle el camino a quien quería cobrarse un par de afrentas? ¿No tenía él, acaso, también sus afrentas fijas en la cabeza como recuerdos que ahora lo obsedían? Tal vez en eso pensaría allí a mitad de esa calle solitaria, ahora que la tarde comenzaba a perfilarse como una simple mancha roja cayendo en el horizonte. Quizás en eso pensaría hasta perder de vista a la multitud doliente en su avanzar rumbo al cementerio.

Inhaló una bocanada de aire. Miró por última vez en dirección al cortejo que desaparecía a lo lejos de manera irremediable. Comenzaba a llover.



El cobro

*El que muere paga
todas sus deudas*

William Shakespeare

Conocí a Marcela Mendoza en una fiesta de graduados de la UJAT. Acababa de terminar sus estudios de medicina y no podía menos que celebrar junto a su familia y amigos de generación la singularidad del momento. La había visto antes un par de veces por los pasillos de la universidad, siempre acompañada de alguna amiga, o de lo que pudieron haber sido pretenciosos galanes suyos, pero nunca llegué a hablar con ella. En realidad, salvo por aquellas contadas ocasiones de nuestra época escolar —yo estudiaba el último semestre de la carrera de psicología—, hasta el día de la fiesta, Marcela era para mí poco menos que una desconocida. La primera vez que la vi me atrajo su figura: mirarla equivalió desde entonces para mí a ensimismarme con el vaivén de unas formas muy bien dotadas que, aunque ocultas tras el velo de su ropa apretada, no dejaban de mostrarse con generosidad a cuantos la admirábamos. Recuerdo cómo lucía la noche de la fiesta. Aquel vestido negro bordado con lentejuelas no dejaba lugar a dudas y su torneado cuerpo, que yo siempre imaginé perfecto como el de una modelo de televisión, se plega-

ba por completo a tal atuendo rematado con piedrecillas luminosas de distintas tonalidades.

—Fenomenal la nena, ¿no? —me musitó con aires de complicidad Jorge Láinez, un amigo egresado, igual que yo, dos años antes de la carrera de psicología, quien de seguro había notado mi persistente mirada hacia Marcela desde la mesa donde nos encontrábamos. Láinez no dejó que le contestara—: Es la hija del doctor Rogelio Mendoza, padrino de la generación de médicos.

Mi amigo comenzó entonces a hablarme de Mendoza y solo pude prestarle verdadera atención cuando dijo que el médico era uno de los dueños de Los Ángeles, uno de los hospitales más renombrados y exclusivos de Villahermosa.

—Se llama Marcela, y por lo que veo estás de suerte, nos toca seguirla con ella terminando la fiesta.

Láinez me confirmó entonces algo que de algún modo yo sospechaba: la noche era aún muy larga, así que la chica no desperdiciaría la ocasión para seguir festejando. Fue en ese momento cuando le acepté con un movimiento de cabeza y una sonrisa aquella tácita invitación al reven. A Láinez no lo veía desde hacía algún tiempo. Me lo había encontrado antes muy pocas veces y, por lo que llegó a decirme, tenía un consultorio en Los Ángeles, cosa que según le oí decir después, le abrió las puertas de la familia Mendoza, a la cual frecuentaba dada su amistad con el médico. De manera que si esa noche yo estaba en esa fiesta para festejar a Bárbara, la hija mayor del tío Esteban que se graduaba de en-

fermera, Jorge asistía por invitación de la propia Marcela —quien para entonces se mostraba embebida en las conversaciones: absorta en todos esos intercambios y felicitaciones con que suelen acompañarse las fiestas de graduados, mientras discurren el baile y los platillos.

Aquello concluyó poco después de la media noche. Antes de que me fuera con Bárbara y el tío Esteban, de quienes terminé despidiéndome, Láinez se acercó a mí casi musitando.

—Lo tengo arreglado —dijo con un raro gesto dibujado en el rostro—, sabe de ti, quiere conocerte.

Me sorprendió aquel interés de Láinez en que yo lograra aproximarme a Marcela. Era cierto que yo sentía evidente atracción hacia ella, pero no esperaba que él quisiera ayudarme así para acercarme. Por encima de todo, ¿no tenía él mejores posibilidades de ligársela, tomando en cuenta su amistad con el médico? Sujetándome del brazo, comenzó entonces a decirme cosas que no alcancé a oír bien, debido al estruendo de la música y al alboroto con que concluía la fiesta. No pude escucharlo claramente sino hasta que nos dirigíamos al estacionamiento.

—La vamos a esperar en Baby's —dijo sin dar más explicaciones.

Baby's era, por cierto, uno de esos antros al que solían ir los fines de semana muchos jóvenes villahermosinos. Un sitio para el desparpajo y el ligue. Cuando llegamos, aquello estaba repleto. Apenas habíamos

entrado, la música endemoniada de un grupo de rock comenzó a escucharse en medio de un ambiente enraecido por el humo artificial y por las luces relampagueantes de la pista.

—¡No tarda en venir la paloma! —gritó Láinez, intentando hacerse entender en medio del bullicio.

Nos habíamos adelantado y esperábamos. Él me daba la impresión de sentirse a gusto, cómodo en un terreno que seguramente frecuentaba. En unos cuantos minutos lo vi saludar a casi una docena de conocidos suyos. Al poco tiempo se apareció Marcela. Seguía radiante, como si el trajinar de la fiesta terminada apenas una hora antes nunca hubiera ocurrido. Tardó poco en hallar una mesa a la cual pudieran sentarse ella y sus acompañantes, una chica y dos chicos, posiblemente también recién graduados. Intuí por ello que tenían reservaciones.

—¡Tras ella, galán! —gritó Láinez.

Y nos acercamos a la mesa, yo sin el total convencimiento de saber bien lo que hacía, y Láinez con aquella sonrisa extraña que poco antes, en plena fiesta de graduación, le sorprendiera en la cara.

—¿Hace cuánto terminaste la carrera, dijiste? —me preguntó Marcela luego de las presentaciones de rigor y de unas cuantas palabras dichas solo para romper el hielo. En realidad, hasta entonces yo no había dicho una sola palabra sobre la terminación de mis estudios.

—Hace dos años —le contesté mientras miraba su cara, algo difusa por la oscuridad del rincón donde nos

encontrábamos—, Jorge y yo somos de la tercera generación de psicólogos de la UJAT.

Pude distinguirle enseguida una sonrisa que, más bien, me pareció una mueca destinada a estimular nuestra incipiente charla. Para entonces, Láinez entablaba una ruidosa conversación con los amigos de Marcela. Poco después, nuestro diálogo a ratos interrumpido por el estruendo de la música había adoptado —por lo menos así me pareció entonces— un curso imprevisto. Me enteré así de que pensaba viajar al siguiente mes a los Estados Unidos adonde quería irse a especializar en ginecología; también de que su padre hubiera dado cualquier cosa por que se decidiera por la cardiología. Yo apenas atiné a decir unas cuantas cosas sobre mi vida. «Trabajo en el hospital psiquiátrico —le dije—, y además de ir seguido al cine me gusta mucho jugar ajedrez y viajar siempre que me sea posible». Mis palabras debieron de haber sonado tan automáticas, tan dichas solo para corresponder a la aparente confianza de las suyas, que ella respondió a mi pobre intento de aproximación con otra mueca convertida, esta vez con un poco más de éxito, en sonrisa.

—Y no vienes nunca al antro, ¿verdad? Nunca te veo por aquí.

Su tono me hizo pensar en la clase de semblante que estaría yo ofreciendo allí, sentado frente a alguien como ella, experimentada quizás en noches de fiestas interminables.

—Antes venía yo con frecuencia —respondí escuetamente—. Pero el trabajo, tú sabes...

No continué respondiéndole solo por no decir que si no los frecuentaba era porque, a decir verdad, nunca a pesar de las muchas invitaciones que recibí en mis años de estudiante me había sentido cómodo en un antro. Al rato, la amiga de Marcela comenzó a decir que ya era hora de bailar, que no estábamos allí solo para estar sentados. Se levantó de su silla, se acercó a Marcela y le dijo algo al oído antes de alejarse hacia la pista en compañía de uno de los dos amigos que las acompañaban. Iba justamente a dirigirme a Láinez para preguntarle si en aquel lugar vendían cervezas, cuando Marcela se adelantó a preguntar si quería bailar con ella. Contesté que claro, que yo estaría encantadísimo, y nos fuimos a la pista en medio de una música a la que nunca pude encontrarle sentido. Marcela pareció disfrutar de principio a fin de la tortura en que se convirtieron para mí unas melodías, idénticas por su repetición hasta la náusea. No paramos de bailar sino alrededor de una hora después. Entonces volvimos a la mesa; yo exhausto, ella moviéndose todavía al ritmo del escándalo, y allí solo encontramos a uno de los amigos que habían llegado con ella y su amiga. Láinez, nos dijo, había tenido que salir del antro, que pronto regresaría. A los pocos minutos, los otros dos amigos de Marcela regresaron bailando de la pista a la mesa y pedimos enseguida una botella. No dejamos de beber hasta terminar ese whisky y el siguiente, que corrió por mi cuenta.

Láinez ya no volvió. Marcela dijo que era un mala onda por donde se le viera y que seguramente se había harta-

do de estar allí, sin bailar ni animarse a nada en absoluto. «Mala onda», repetí para mí mismo y pensé que esa era la mejor forma de llamarle a alguien que deserta o abandona. Terminé por decirme que sus motivos tendría, pero en todo lo que siguió de la noche no pude mantener a raya en mí un asomo de intriga ante el comportamiento inesperado de quien me había invitado al antro y luego me abandonaba. Para mi fortuna, Marcela prefirió no bailar de nuevo y permanecimos allí, alrededor de la mesa, bebiendo y hablando junto a sus amigos de varios temas triviales en apariencia. Digo que en apariencia porque al calor del diálogo yo escucharía algo que me resultó del todo inesperado: Marcela hablando con Carolina —así resultó llamarse aquella tipa— le comentó algo sobre una deuda entre Láinez y el doctor Mendoza. No pude escuchar lo que dijo enseguida: el pavoroso estruendo de la música me lo impediría, y yo tuve que conformarme con interpretar lo que los gritos sordos de ambas mujeres me sugerían en medio del bullicio.

Cuando salimos de Baby's Marcela quiso, tras despedirse de sus amigos, que yo la llevara en mi carro a su departamento. Hubiera podido pedirle a su reputado padre un chofer que fuera por ella, así que me sorprendió y me entusiasmó su voluntad de hacerse acompañar por mí de vuelta al lugar donde vivía. Durante el trayecto, en medio de mi embriaguez y mi excitada imaginación, concebí la posibilidad de tener con ella una aventura. Le dije que nos quedaba todavía un poco de madrugada, que podíamos,

si ella quería, pasarla muy bien en alguna otra parte. No quiso —o no supo— cómo responder a esa insinuación abierta, pero al final del trayecto me dio su número telefónico mientras de mi parte se llevaba la promesa de que le llamaría al día siguiente. No dejé que bajara de mi coche sin que antes yo le preguntara lo que —ahora lo veo— de no ser por las copas que llevaba encima nunca le hubiese preguntado:

—Dime una cosa, Marcela, ¿anda Láinez metido en líos?

Ella dirigió su mirada hacia la mía para después sonreír con un gesto extrañamente cándido:

—Láinez es un cabrón —contestó—, tarde o temprano estarás de acuerdo conmigo.

Bajó del carro y se alejó caminando hacia el lujoso edificio de departamentos donde vivía. Me pareció curioso —acaso por los efectos del whisky— no notarle a Marcela ningún asomo de ebriedad. Era como si, a diferencia de mí y de sus amigos, incluida la tal Carolina, que al final resentíamos visiblemente los efectos del alcohol en el rostro y en la conducta —ellos no pararon en toda la noche de decir cuanta desfachatez les llegara a la cabeza— Marcela hubiera sido capaz de salir del antro sin más rastro de desvelo que un poco de cansancio reflejado en los ojos. ¿Es que no había tomado?, me pregunté cuando ya las luces de lo que creí su departamento se encendían y su figura parecía proyectarse en las cortinas que daban a la calle. Aguardé algunos minutos y permanecí en mi vehículo por un tiempo que ahora no me es dado precisar porque transcurrió

como un simple soplo de aire. Entonces apareció. A lo lejos estaba Marcela asomada por uno de los ventanales y mirando hacia la dirección opuesta a la que yo me encontraba. Estaba allí como si esperara a alguien. Como si desentendida de la noche, de mí, de sus amigos y de todo el maldito trajín de la fiesta de graduación, por fin hubiera llegado a ese momento. Luego entró de nuevo a su departamento y cerró la ventana. Transcurrido poco tiempo, iba a poner en marcha mi carro ante lo que supuse el fin de una noche absurda y obstinada, cuando vi venir a lo lejos la figura de un hombre avanzando por la acera de la calle en dirección contraria. Lo reconocí de inmediato: era Láinez.

Si alguien me hubiera advertido de lo que podría llegar a ocurrir a partir del instante en que le acepté a Láinez aquella invitación para ir con él a la inútil conquista de una guapa niña rica; si por un momento mi perpleja conciencia me hubiera conducido a rechazar lo rechazable, es probable que tampoco hubiese evitado cometer la imprudencia que cometí aquella noche. Porque esto fue lo que ocurrió después de que Láinez llegó al departamento de Marcela. Mi amigo tocó la puerta como antes lo habría hecho de seguro varias veces. No alcancé a verla a ella recibéndolo al abrir, pero en cambio pude notar la sonrisa de él cuando entraba. «Desgraciado», me escuché decir en voz baja, y permanecí en el auto con una mezcla de rabia e indignación que apenas, con todo y mi embriaguez, pude mantener a raya. En un lapso que

tampoco me es posible precisar porque terminé quedándome dormido tras mirar largamente hacia el departamento, ocurrió lo inimaginable.

—¡Baje del auto! —me ordenó una voz que me despertó del profundo letargo de la borrachera.

La voz resultó ser la de un policía que me apuntaba con su pistola. No supe por un momento qué decir, como tampoco sabía si obedecer a la orden.

—¿Qué, no oyó? —me espetó esta vez con un tono más enérgico— ¡Le digo que se baje del vehículo!

Entonces caí en la cuenta de la ceguera que los tragos de esa noche me habían provocado: a mi alrededor había casi diez policías —todos apuntándome con sus armas— con la sola intención de llevarme con ellos en calidad de detenido.

Ni entonces ni en los siguientes dos días que siguieron a mi confinamiento en los separos de la policía pude dar crédito a la acusación que pesaba en mi contra. No fue sino hasta el tercer día en que pude dimensionar el tamaño del lío en el que me había metido.

—Se le acusa de haber atentado contra la vida del señor Jorge Láinez la noche del sábado pasado— dijo solemnemente el fiscal del Ministerio Público.

No pude evitar un estremecimiento. Hubiera deseado desvanecerme y no vivir aquello que empezaba ya a tomar los tintes de una pesadilla, cuando escuché de nuevo la voz del fiscal, que entonces procedió a hacerme una pregunta.

—¿Conoce usted a la señorita Marcela Mendoza?

Ni siquiera me dio tiempo de responder. Marcela apareció frente a mí sin un rastro de familiaridad para conmigo. Se plantó sin mirarme frente al escritorio del fiscal que la miraba con atención y se dispuso a responder al mar de preguntas que terminaría contestando sin rastro alguno de vacilación. Con ella había llegado Carolina, la amiga que la acompañaba en el antro la noche de los acontecimientos. Ella tampoco me dirigió la vista. A Marcela la interrogaron por poco más de una hora. Respondió a todas las preguntas, se comportó serena cuando tuvo que hacerlo y terminó rindiendo una declaración que, en resumidas cuentas, me hizo pensar en una deformación perfectamente tramada de los hechos ocurridos apenas tres noches atrás. ¿Qué fue lo que dijo la hija del doctor Mendoza que me llevó a sospechar sin más de ella y a convencerme de su inescrupulosa perversión para la mentira? En resumidas cuentas, lo siguiente: no recordaba haberme visto antes; nunca supo que Láinez y yo hubiéramos sido amigos porque Láinez, quien para mi sorpresa resultó ser su novio, nunca le dijo nada de mí ni hizo referencia de ningún tipo a nadie que se me pareciera; no sabía tampoco que él estuviera siendo víctima de amenazas en su contra, aunque por otro lado no sabía bien por qué razones se había comportado extrañamente los días anteriores a la noche en que le dispararon. Hasta allí lo que en síntesis declaró Marcela. Obviamente, yo negué y contradije todo. Alegué que podía probar fácilmente mi presencia en la fiesta de graduación la noche de

los acontecimientos, la salida anticipada de Láinez en Baby's y una desesperada serie de detalles que acompañaron a mi relato de lo sucedido.

Para mi sorpresa, una vez terminada mi declaración, el fiscal llamó a Carolina. ¿Qué diría esa esmirriada cuya risa bobalicona me pareció lo más vulgar y zalamero de la otra noche? ¿Se atrevería, como Marcela, a negarme? Esa y otras preguntas me hacía cuando caí en la cuenta de lo que la declaración de Carolina podría significar para el curso del juicio iniciado en mi contra: en ella se encontraba la reafirmación de la sospecha que Marcela pretendía situar en el centro del caso o la posibilidad de un pequeño —pero real— respiro a mi calidad de indiciado. Después de todo, ella solo me había visto en el antro; no tendría razones —a menos que se propusiera otra cosa, como Marcela— para alimentar la presunción de mi culpabilidad en el intento de asesinato.

Carolina pareció vacilar frente al fiscal, sentado con mucha dignidad al otro lado de su escritorio. Permaneció por un momento como si un océano de dudas la asaltara y esto fue lo que en resumen terminó contestando:

—Mi amiga y yo estuvimos con su novio y otros amigos la noche en que le dispararon. Se le veía nervioso, como si alguien lo siguiera. Cuando salimos del antro, Marcela me llevó a mi casa en su vehículo y ella me dijo en el camino que llevaba prisa, que Jorge iría a verla a su departamento porque necesitaba contarle algo. Cuando llegamos a mi casa nos despedimos. Eso es todo lo que puedo decirle.

¿Era capaz Carolina de tanta mentira? ¿No había terminado tan borracha que apenas si podía permanecer de pie? ¿Por qué ocultaba el ridículo que nos había hecho pasar cuando hubo que sujetarla para evitar que se desvaneciera de tan alcoholizada que estaba? Claro, nada de eso recordaría, como tampoco recordaría que Marcela no fue quien la llevó a su departamento; a ella se la llevaron sus otros dos amigos, casi tan borrachos y dementes entonces como ella. ¿Es que iba a quedarme solo en medio de una farsa que tarde o temprano acabaría por ahogarme y hacer desaparecer en mí toda esperanza de salir libre muy pronto?

A Láinez —de eso me enteré con el curso de las audiencias— le dispararon desde una distancia más o menos considerable. Había subido momentos antes al departamento de Marcela y asomó minutos después su cuerpo por la ventana en la que minutos antes ella se asomara a la calle. Una bala alcanzó su brazo derecho y una más le perforó la pierna izquierda, sin daños aparentemente irremediables. Dicen que se desplomó bañado en sangre y que Marcela comenzó a gritar y a llamar por teléfono a la policía. Luego me encontraron a mí. La pistola aún parecía vibrar en el asiento trasero de mi carro cuando recibí la orden de salir con las manos en alto. Para todo obedecí con la sumisión que mostraría un perro con su amo. Alguien, claro, la habría puesto allí y habría tramado con precisión mi culpabilidad una vez hechos los disparos. ¿Y quién si no Marcela mandaría a colocar con frialdad inescrupulosa la pistola

en mi automóvil? Había sido capaz de ponerse de acuerdo con Carolina para mentir; yo no tendría ninguna duda en atribuirle la autoría de un plan perfectamente maquinado para eliminar a Láinez y, de paso, para destruirme a mí, que en el juego perverso de matar un amor estaba resultando ser un simple chivo expiatorio.

Han pasado casi tres meses desde mi reclusión en este penal en el que a diario experimento la indecible tortura de tratar a malvivientes, asesinos y ladrones. Me miran burlo-namente y se ríen a mis espaldas. Quizás saben en el fondo que soy inocente. Hace apenas unos días, uno de los celadores se acercó a mí para advertirme que tuviera cuidado con algunos de los convictos; les había oído decir que no me dejarían salir limpio de la cárcel y que más me valía no responder a cualquiera de sus provocaciones. Así lo he procurado. A lo largo de las últimas semanas he tenido que tolerar el robo de algunas prendas de ropa y la cómica desaparición de mi reloj, de unos libros que Bárbara y el tío Esteban me trajeron en una de sus visitas y de un cuaderno de notas en el que había venido escribiendo puntualmente un diario de mis días en el penal. Sobre todo he guardado silencio. No he querido armar un alboroto ni quejarme porque percibo un gran peligro. Me consuela pensar que esto que escribo reconstruye de algún modo lo que mi memoria habría perdido con el diario robado, me confortan las visitas de Bárbara y del tío Esteban. Pienso en Láinez, en su mejoría, de la que ellos dos me han puesto al tanto, y en su ausencia —no he vuelto a verlo desde la

noche de lo ocurrido—; también en su estúpida presencia que mucho podría decir sobre lo ocurrido y sobre estas paredes que ahora me aprisionan sin razón alguna.

Hoy sé que las posibilidades de que salga pronto de esta cloaca se reducen a dos hechos de los que mi abogado se ha valido: el primero es que alguien tuvo que haber colocado la pistola en el asiento trasero de mi vehículo después de los disparos; ese alguien —lo he escrito antes— pudo haberlo hecho por orden de Marcela, aprovechando que, por mi embriaguez, me había quedado profundamente dormido. El segundo hecho es la demostración de un probable conflicto entre Marcela y Láinez. A este yo lo había notado extraño la noche de la fiesta. Con Marcela se portó distante, ajeno; su salida repentina del antro, mientras ella y yo bailábamos, pudo haberse debido al malestar ocasionado por lo tirante de su relación. Láinez —ahora lo veo— pudo haber salido a preparar su encuentro con Marcela, quien seguramente lo habría citado para tenderle una trampa. Por eso ella habría avistado, al asomarse a la ventana, su llegada minutos antes de que ocurriera.

He repasado así una y otra vez todas esas razones como si fueran ellas la cuerda que me salvará de caer irremediablemente en este pozo. Converso con mi abogado con el arrebató y la premura que me causa la espera de la siguiente audiencia. Si tan solo pudiera probar de una vez por todas que yo estuve esa noche en Baby's con Láinez. ¿Y los amigos que llegaron esa noche con Marcela y Carolina? ¿Por qué no eran citados? ¿Qué diablos habría sido de ellos?, ¿cómo se llamaban? Con

esas y muchas otras preguntas rondándome la cabeza, hay otra que no deja de repetirse en mi memoria como melodía en un viejo disco de vinil: ¿qué razones habría tenido Láinez para que yo me aproximara a Marcela?

Las paredes de mi prisión se tornan cada día más espantosas. Me acosan a todas horas los ruidos de los otros presos; sus gritos por las noches, su insolencia al hablar, al caminar por los patios del penal, al pasar al comedor a la hora de cada comida. Me recuerdan mucho a mis compañeros en el hospital psiquiátrico. Con todo, me alegra imaginar lo que pudo haber pasado: la historia posible que pudo haberme absuelto y no ocurrió por lo que otros llaman pomposamente «los extraños dictados del destino». Que yo le haya disparado o no a Jorge Láinez por encargo del mismísimo doctor Mendoza —que quería cobrarle así unas deudas de juego— es irrelevante. Lo que importa es la certeza, la dicha de que ese malaleche, ese mal apostador, nunca más volverá a salirse completamente con la suya.



Índice

El engaño	9
El Jefe	13
La despedida	19
Por esas casas de visita	25
Doble moral	31
Mala fortuna	45
El cobro	65



GOBIERNO DE
MÉXICO

CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA

Alejandra Frausto Guerrero
Secretaria de Cultura

Natalia Toledo
Subsecretaria
de Diversidad Cultural

Marina Núñez Bespalova
Subsecretaria
de Desarrollo Cultural

Omar Monroy
Titular de la Unidad de
Administración y Finanzas

Esther Hernández Torres
Directora General
de Vinculación Cultural

Antonio Martínez
Enlace de Comunicación Social y Vocero

SECRETARÍA DE CULTURA



TABASCO

Adán Augusto López Hernández
Gobernador de Tabasco

Yolanda Osuna Huerta
Secretaria de Cultura

Luis Alberto López Acopa
Subsecretario de Fomento
a la Lectura y Publicaciones

Francisco Magaña
Director de Publicaciones
y Literatura





Con daños y prejuicios, de Francisco Payró, se terminó de imprimir el 10 de diciembre de 2020, en los talleres de Impresionismo de México, S. A. de C. V., calle Doña Fidencia, # 109, colonia Centro, Villahermosa, Tabasco. Para su composición se utilizaron tipos Cardo, EB Garamond y Roboto. El tiraje fue de 1000 ejemplares. La edición estuvo al cuidado de la Dirección de Publicaciones y Literatura.

